

Newton Compton Editores

Título original: *Unnatural Ends*

© 2023, Christopher Huang

© 2026, de la traducción por Miquel Gómez Besós

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-81-6

Código IBIC: FA

DL: B 16.717-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Ailen Abdala | Nodicia

Impreso en febrero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Christopher Huang

La extraña muerte de Sir Lawrence Linwood

Traducción de Miquel Gómez Besós



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

En memoria de:

David Liu

Francis Ow

Mary Ryan

Hans Schweizer

Agatha Wilhelm

Sing Keng Ng

Thomas Ow

«Conocí a un hombre –dijo– que comenzó por arrodillarse ante el altar junto a los demás, pero que se aficionó a los lugares altos y solitarios para rezar, rincones o nichos en el campanario o la aguja. Y una vez, en uno de esos lugares de vértigo, donde todo el mundo parecía girar bajo él como una rueda, su cerebro también se dio vuelta y se imaginó que era Dios».

G. K. CHESTERTON
El martillo de Dios

Prólogo

Agosto de 1903

En el principio era Linwood Hall, y Linwood Hall era el mundo. Así era como lo veían los niños de Linwood: Alan, Roger y Caroline. La habitación en lo alto de la torre, que habían usurpado como su sala de juegos, era el centro de la casa: un vestigio de las ruinas normandas de las que había surgido Linwood Hall, y desde sus ventanas se podía ver a kilómetros a la redonda. El aullido de los vientos les traía olor a brezo, tojo y humo de turba, y no había más luz que el oro líquido del sol que se derramaba sobre los antiguos suelos de tablones de roble. Justo al este, el pueblo de Linwood Hollow, con sus tejados cubiertos de musgo, se encajaba en una hondonada en medio del paisaje, pero más allá de este y sus alrededores no había nada aparte de las gaviotas del mar del Norte, sobrevolando en círculos, y la extensión abierta y azotada por el viento de los páramos de North Yorkshire, que se prolongaban hasta el infinito.

Cualquier medio convencional de acceso a la sala de la torre se había perdido hacía mucho tiempo a causa del afán de reconstrucción de algún antepasado. La única forma de llegar allí ahora era a través del pasadizo de los sirvientes, una red de angostos corredores detrás de las paredes, en su mayor parte sin usar y sin explorar, hasta una puerta oculta detrás de uno de los armarios del cuarto de lavado del primer piso. Desde allí, una escalera serpenteaba en la oscuridad con desgastados peldaños en un peligroso ángulo, para alcanzar finalmente la gloria de la sala de la torre, iluminada por el sol: Camelot.

Una niña de unos siete u ocho años caminaba apresurada por aquel pasillo. Era una niña elegante, con unos ojos tan oscuros que las pupilas parecían fundirse con el iris, y una larga melena negra que le caía por la espalda en dos gruesas trenzas. Se trataba de Caroline Linwood, quien se imaginaba a sí misma como el fantasma de algún Linwood del pasado, deslizándose silenciosamente a través de las paredes de la casa. Su entrada preferida al pasadizo era un panel secreto situado detrás de la gran escalera del salón principal, pues era magnífico para las desapariciones dramáticas; sin embargo, ese día había iniciado su recorrido desde la cocina, ya que había tenido que sustraer algo de la despensa para el juego de hoy. La entrada a la cocina no era más que un arco abierto, prosaico, poco romántico y que no permitía una aparición dramática, pero, al fin y al cabo, los sirvientes no tenían por qué ocultarse los unos de los otros.

Un poco más adelante, detrás de la puerta de la torre, estaba Roger Linwood, el hermano de Caroline, año y medio mayor que ella. Estaba engrasando las bisagras de la puerta porque se había hartado de que chirriara al abrirla, con el consiguiente riesgo de alertar a todos los sirvientes que estuvieran en las inmediaciones. Quería arreglarla, del mismo modo que había arreglado el panel secreto de su habitación, su entrada favorita al pasadizo de los sirvientes, por ser solo suya. Por supuesto, Caroline no lo sabía. Acurrucada detrás del armario de la ropa blanca, abrió la puerta de un golpe, y el estruendo fue suficiente para acabar con cualquier pretensión de ser un fantasma de un Linwood pasado.

—¡Eh! ¡A ver si miras por dónde vas!

Roger miró a su hermana frunciendo el ceño, en una imitación perfecta de su padre. Era ampliamente sabido que todos los hijos de Sir Lawrence Linwood eran adoptados, por lo que nadie esperaba mucho parecido familiar; pero Roger, más moreno que Caroline y con un exotismo difícil de identificar, prometía ser al menos tan alto como Sir Lawrence cuando creciera, y su ceño fruncido era realmente un calco del que lucía su padre en sus momentos de

mayor severidad. Por supuesto, no era más que una imitación: un instante después, se había fundido en una sonrisa alegre.

–¿Qué te parece? –dijo, señalando la puerta con la cabeza–. Suave como la seda, ni un ruido. Siempre digo que con cola y grasa se puede arreglar casi cualquier cosa.

–Puedes hacer lo que quieras –le respondió Caroline, fijándose en sus manos manchadas de grasa–. Pero no me toques.

–¡Como si quisiera!

Roger empujó a un lado el bote de grasa para ojos. Tendría que devolverlo al taller del encargado antes de que lo echaran en falta. De momento, se conformó con subir corriendo las escaleras hacia la resplandeciente luz del sol que se veía arriba mientras le gritaba a su hermana:

–¡Vamos! Alan nos está esperando.

Alan era el mayor de los tres, también adoptado, como Roger y Caroline, pero rubio y de tez clara. Estaba sentado en la ventana del lado oeste de la habitación de la torre; el sol de la tarde perfilaba su silueta en oro y su cabello brillaba como un halo. Una larga pierna se balanceaba contra la mampostería angevina de la pared exterior, mientras leía un tomo que había tomado de la biblioteca al subir. Su entrada favorita al pasillo de los sirvientes era a través de una estantería giratoria que había en la biblioteca, precisamente porque le permitía pescar alguna lectura ligera –o lo que él consideraba como tal– mientras subía. De hecho, empezaba a ser un poco mayor para sus habituales juegos de fantasía, pero eso no le iba a impedir echarle una mano a sus hermanos siempre que la necesitaran. Su papel era el de narrador; dirigía la historia y daba vida a los personajes secundarios o, como él mismo decía:

–Yo soy el rey Arturo.

–Siempre eres el rey Arturo –se quejó Roger, aunque con buen humor.

Cogió un trozo de trapo de entre los valiosos restos acumulados tras años de juegos en este edén privado y se dispuso a limpiarse la grasa de los dedos.

Alan le miró por encima del libro con aspecto de mochuelo.

–Yo he llegado primero –replicó– y soy el mayor. Así que yo seré el rey Arturo.

–Bueno, vale.

Roger probó sus manos en una parte relativamente limpia del retazo, luego lo arrojó a un lado y cogió una vieja espada de entrenamiento que, aunque ellos no lo supieran, debería haber sido enviada a un museo hacía mucho tiempo.

–Yo seré Lancelot. ¿Y tú, Caroline? ¿Ginebra?

–Ginebra no es nada divertida –dijo Caroline mientras se deshacía las trenzas.

Se anudó dos mechones de su largo pelo debajo de la nariz, y los dejó caer como un velo sobre la boca, creando una larga barba negra.

–Soy Merlín.

–No puedes ser Merlín. Eres una chica.

–Claro que puedo ser Merlín. Tengo barba.

Caroline sacó lo que había traído a escondidas de la cocina: un frasco de harina, que espolvoreó sobre su improvisada barba. El efecto se echó un poco a perder cuando la harina se le metió en la nariz y la hizo estornudar.

Alan rio. Cerró el libro y pasó ágilmente ambas piernas hacia el lado de la estancia.

–Caroline puede ser quien ella quiera –sentenció firmemente Alan, zanjando la cuestión con un tono que no admitía réplica–, pero lo que no queremos son más romances sensibleros, en caso cualquiera...

–En cualquier caso –le corrigió Caroline, volviendo a estornudar.

–En cualquier caso. –Alan inclinó ligeramente la cabeza en una señal de reconocimiento–. ¡Parece como si Morgana le Fay le hubiera echado una maldición diabólica a su rival Merlín para que estornude sin parar!

–¡Por todos los cielos! –gritó Roger, blandiendo su espada–. ¡Hay que encontrar a la villana y romper el hechizo!

Roger ya estaba listo para lanzarse a una nueva aventura, de la misma manera que se abalanzaba sobre sus proyectos.

Caroline tosió fuerte, esta vez por dramatismo, dando comienzo a la acción.

Afuera, el sol de la tarde descendía hacia el ocaso mezclando el dorado con el púrpura de los brezos, logrando que incluso los matorrales más humildes resplandecieran envueltos de gloria. Por encima de ellos, no había más que el cielo azul, ni había nada entre la torre y el lejano horizonte, allá donde miraras, salvo por los páramos azotados por el viento. No había nada fuera de la habitación de la torre que importara, ni dentro de ella, salvo Alan, Roger y Caroline, sus risas y los mundos que sus palabras conjuraban.

PRIMERA PARTE

Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y que tenga dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo, el ganado, toda la tierra y todo lo que se arrastra sobre ella».

Génesis 1:26

Alan

Abril de 1921

Alan supuso que había mejores motivos para volver a casa que el funeral de su padre. De pie en el andén de la estación de Linwood Hollow, esperó a que el tren hubiera pasado la curva; luego, se volvió hacia el pueblo y respiró profundamente el aire fresco de Yorkshire. Lo retuvo en los pulmones, dejando que Yorkshire se infiltrara por todo su ser, y luego expulsó el aire y, con él, todas sus preocupaciones previas.

Era poco después del amanecer de una clara mañana de primavera de un lunes, una semana después de Pascua. Los capullos amarillos colgaban densos y pesados de los tojos, como si alguien hubiera derramado una cantidad descomunal de mostaza Colman's sobre el campo, y su aroma, con reminiscencias de coco, hizo que Alan arrugara la nariz. Durante los últimos dos años se había dedicado a explicar a cualquiera que quisiera escucharle la versión opuesta, que los cocos desprendían un aroma que le recordaba al tojo, a los páramos de Yorkshire, a su hogar.

Sí. Había mejores razones para volver a casa.

Linwood Hollow estaba situado en lo que probablemente era el cráter de un impacto de meteorito prehistórico. Alan imaginó aquel suceso ocurriendo en plena noche: un destello de luz en los cielos y, a continuación, una llamarada descendiendo sobre el mundo salvaje y primitivo que se extendía debajo de ella, el suelo estremeciéndose con el impacto y grandes pedazos de tierra saliendo disparados por los aires mientras el polvo se posaba sobre la temblorosa vegetación. Luego, rodeado de silencio, un

agujero yermo donde antes se hallaba un bosque frondoso, que fue recuperando lenta y progresivamente el verde durante los milenios siguientes. La selva cedió paso a los páramos; pequeñas coníferas retorcidas y densamente enmarañadas se elevaron desde el suelo del cráter, con matas de tojo y brezo extendiéndose por sus laderas. Y finalmente, con el paso del tiempo, llegó el ser humano: primero los británicos celtas, que ascendieron desde el sur para encontrarse con los pictos del norte, y luego los daneses, desembarcando en la costa noreste.

Contemplando el valle tal y como era en ese momento, en dirección a Linwood Hall, esa maraña medieval de muros de piedra torcidos que se alzaba en la cresta opuesta, Alan se sintió invadido por una extraña sensación de familiaridad: no aquella esperada de un hombre que regresa al hogar de su infancia, sino la familiaridad de una experiencia paralela. Tras dos años de estudios arqueológicos en Perú, había llegado a ver su propio hogar con una mirada de arqueólogo o historiador.

Vio Linwood Hall tal como había sido en sus inicios: un puesto militar construido apresuradamente en los tiempos en que Guillermo el Conquistador asolaba el norte. Un hermano menor –y más modesto– del castillo de Pickering, situado más al sur, con un torreón de base casi cuadrada, un espacio abierto para reuniones rodeado por una empalizada de madera y una torre baja –donde ahora se encontraba el estudio de su padre– desde donde los centinelas vigilaban el valle. Observó las empalizadas de madera, que habían empezado a deteriorarse antes de su refuerzo y sustitución por piedra bajo el reinado de Eduardo I, transformando la zona de reunión en patio, ampliando la torre del homenaje y dejando la alta torre, el Camelot infantil de Alan, elevarse en su centro. La hiedra se abalanzó sobre la piedra cuando la fortaleza cayó en desuso. La guerra de las Dos Rosas quedó atrás y, posteriormente, Enrique VII desposó a Isabel de York, uniendo la rosa blanca de York con la rosa roja de Lancaster en la casa Tudor, y otorgando, en virtud de un oscuro acuerdo, este

cuenco de tierra y esta fortaleza en ruinas a sir Robert Linwood. La fortaleza se amplió aún más, convirtiéndose en la residencia rural que es hoy en día. Los ingresos procedentes de las tierras anexas permitieron a Edward Linwood, ciento veinticinco años después, obtener una carta patente del rey Jacobo I que consolidó el estatus de la familia como baronets de Linwood.

Edward engendró a John, John a William, William a...

Alan bajó del andén del tren y fijó con firmeza los pies en el suelo, ansiando que la estirpe de los Linwood fluyera desde la tierra hasta su sangre. Las gestas de sus antepasados titilaban en su mente como llamas de velas mientras sus nombres emergían fugazmente. Thomas. Lawrence. Alan.

Imaginó la casa derrumbándose de nuevo en un futuro lejano. La torre baja, el estudio de su padre, deslizándose acantilado abajo; el techo cediendo, pero la torre alta permaneciendo intacta en su sitio, porque ni siquiera en sus fantasías más descabelladas Alan podía soportar la idea de su Camelot destruido.

El hombre volvería a maravillarse ante este antiguo edificio mucho después de que Alan no fuera más que una simple piedra en el muro de los Linwood. Otros deambularían por los pasillos sin techo y se asomarían a la amplia terraza que aún se aferraría al lado del acantilado, y mirarían hacia el valle cubierto de tejos, donde antes estaba la estación de tren, tal como Alan había hecho una vez desde Machu Picchu, contemplando la lejana Urubamba. Sentirían, al igual que había sentido él, el frío peso de los siglos cerniéndose sobre ellos, y fantasmas de generaciones pasadas tirándoles de la manga para hacerles retroceder.

No era capaz de lamentar lo que aún no había sucedido. Y tampoco, se dijo con repentino ímpetu, podía llorar por lo que ya formaba parte del pasado. No, no si realmente formaba parte de ese linaje. La historia seguía viva porque él seguía vivo. Un día le pasaría el testigo a su sucesor y la historia seguiría su curso.

Repitiéndose todo esto a sí mismo, Alan apretó con fuerza su maleta y comenzó a descender hacia el valle.

Roger

El camino desde Pickering serpenteaba hacia el norte a través de kilómetros de amplios páramos abiertos. Una vez fuera de los límites de la ciudad, Roger pisó a fondo el acelerador y dejó que la bestia que había construido con sus propias manos se desatara. El rugido vibraba con fuerza en sus pies y los dedos, el sol del mediodía le calentaba cada centímetro descubierto del rostro y el viento, impregnado de una mezcla terrosa de tojo y ovejas, se lo purificaba. Mantuvo la velocidad, volando por la carretera con la misma suavidad con la que lo hacía por el aire, hasta que llegó al valle en forma de cuenco en el que se encontraba el pueblo de Linwood Hollow. En ese momento, se detuvo en el margen de la carretera y salió para observar el paisaje.

El terreno se precipitaba a sus pies, cayendo abruptamente hacia el valle. Un paso más y volaría libre; tuvo que recordarse a sí mismo que a ese paso nunca le seguiría otro. Linwood Hall se alzaba en la cresta opuesta: una maraña de muros de piedra gris salpicados de ventanas altas y estrechas. En algún momento del siglo pasado se habían abierto unas puertas francesas en la planta baja, que daban a una amplia terraza que se proyectaba sobre el acantilado. Una alta torre, el Camelot de la infancia de Roger, se erguía en el centro de la casa, mientras que el muro irregular y derruido del patio se extendía a lo largo de la cresta hasta una torre más baja, cuyos cimientos de piedra se adentraban hasta la mitad del alto peñasco. En esa pequeña torre estaba el estudio de su padre y su única ventana le guiñaba el ojo a Roger desde el otro lado del valle. Atrapadas entre ellos, las casas de piedra del pueblo dejaban escapar perezosas columnas de humo por

chimeneas torcidas sobre cubiertas de tejas de barro salpicadas de manchas de musgo negro.

—Ahí está la posada —dijo, señalando el edificio más grande del pueblo—. La Collier's Arms. Desde aquí se puede ver el letrero: un par de picos cruzados bajo una lámpara de aceite. Linwood nunca ha tenido nada que ver con la minería de carbón, pero supongo que a nadie le importa mientras fluya la cerveza. —Eché una mirada al interior del coche—. No es Mayfair, pero no está tan mal, ¿verdad?

Le hablaba a Iris Morgan, la chica que a estas horas ya sería su prometida si la noticia de la muerte de su padre no hubiera echado por tierra sus planes de pedirle matrimonio. Era una criatura delicada y, en su estado natural, se podría decir que sencilla, pero Iris nunca estaba del todo en su estado natural. Bajo su acampanado sombrero llevaba un peinado corto y graciosamente rizado a la moda, y su vestido, aunque sobrio para la ocasión, era de corte elegante y sofisticado. Era una mujer brillante y moderna, una cosmopolita londinense hasta la médula, y tan alejada como era posible de las trincheras lodosas que Roger se negaba a recordar. Y si parecía desentonar en la campiña de Yorkshire, solo sería hasta que Linwood Hollow alcanzase al resto del mundo. La modernidad siempre acababa por alcanzarlo todo, tarde o temprano.

De pie en el coche, Iris se apoyó en su hombro para mantener el equilibrio y contempló el valle. ¿Lo vería ella como lo hacía él?, se preguntó Roger. Debía ver las ovejas que salpican las laderas por lo menos, y las volutas de humo que se elevan desde las chimeneas mientras las señoras del pueblo preparan la cena para sus familias. Pero no debía reconocer el olor a fuego de turba y, en cambio, ahí estaba, evocando las cálidas y hogareñas reuniones que él siempre había imaginado de niño.

—Querido —dijo Iris con voz arrastrada—, ¿dónde está la iglesia? ¿Cómo se va a celebrar un funeral sin iglesia?

Roger dirigió su atención hacia los tejos que crecían al pie del acantilado, bajo Linwood Hall.

—La única iglesia que hay aquí es una vieja ruina, justo allí. No, no podrás verla desde aquí. Ya no se utiliza. Ya te comenté que a mi padre no le interesaba la religión, ¿verdad? Bueno, pues a los lugareños tampoco. Mi padre nunca quiso una gran despedida con todas las frivolidades que cabría esperar; siempre decía que no estaría allí para disfrutarla. Dejaremos que todos se pasen un rato y hablen de lo buen tipo que era, pero solo porque es lo que ellos quieren, no porque mi padre le hubiera dado importancia. Y luego lo meteremos en una de las criptas del mausoleo.

El mausoleo familiar se hallaba empotrado en el acantilado, a mitad de camino entre Linwood Hall y la iglesia en ruinas. Desde donde ellos estaban, su entrada arqueada parecía un agujero negro en la mejilla del acantilado.

—Te noto sombrío —exclamó Iris—. ¿Todo bien?

Roger esbozó rápidamente una sonrisa alegre.

—Todo va bien —respondió, volviendo a entrar en el coche—. Linwood Hall puede parecer una ruina medieval, pero no te dejes engañar. Mi padre hizo que llenaran el lugar de cables eléctricos tan pronto como fue posible. Hay un teléfono en su estudio y calefacción en todas las habitaciones, así que creo que verás que somos todo lo modernos que se puede ser. Mi padre sabía que lo único importante era mirar siempre hacia adelante, nunca hacia atrás.

Se detuvo a contemplar el montón de piedras en constante evolución que era Linwood Hall y los páramos que se extendían más allá, tan abiertos como una vitela recién desplegada sobre una mesa de dibujo.

Finalmente, dijo:

—Tenemos tiempo de sobra. Vamos, que han pasado meses y quiero asegurarme de que la vieja Jenny no se ha oxidado por completo.

«Jenny» era una avioneta Curtiss JN-4. Roger no la había vuelto a tocar desde aquel desafortunado incidente con Sopwith Aviation el pasado mes de septiembre, pero ahora era un buen momento

para dejar atrás el pasado y mirar hacia el futuro. Con la mirada fija al frente, Roger apretó con fuerza el botón de arranque del vehículo –aquel sistema de manivela de otros modelos no estaba hecho para él– y el coche dio un fuerte salto hacia atrás, volviendo a la carretera y dejando tras de sí una nube de polvo.

Caroline

Caroline salió del Collier's Arms y parpadeó ante el sol de la tarde. Tenía que ser una ilusión óptica, estaba segura, pero los acantilados que se alzaban alrededor del pueblo parecían más altos y más cercanos que hacía una hora, cuando su tren había entrado en la estación. En lugar de ir directamente a Linwood Hall –su hogar, tuvo que recordarse– se había refugiado en la posada del pueblo para tomar una taza de té y un bollo, pero ciertas cosas no podían posponerse indefinidamente. No quería seguir en el pueblo cuando el sol comenzara a ponerse por detrás de Linwood Hall y su sombra se extendiera por el valle como una garra celosa y ávida.

Desde su ángulo, la alta torre que una vez albergó el Camelot de su infancia no era más que un montículo de piedra gris medio oculto por la mole del tejado. La terraza, que sobresalía como una cornisa sobre el valle, parecía un balcón real desde el cual el señor feudal podía contemplar a sus súbditos. Pero la torre más baja, el estudio de su padre, construida lejos de la casa y a caballo sobre la cresta donde el terreno caía en picado hacia el valle, era, con mucho, el elemento más destacado. Incluso ahora, Caroline creía sentir la mirada de su padre sobre ella, de pie junto a la ventana, contemplando todo sobre lo que era dueño, no con la pompa refulgente del hipotético señor feudal asomado a la terraza, sino con el aire sombrío y taciturno de algún conde de Ruritania salido de una novela gótica.

–El taxi está a punto, Miss.

Caroline apartó la mirada de la imponente silueta de Linwood Hall y se volvió hacia el hombre que se encontraba a una distancia

respetuosa, con los hombros ligeramente encorvados, como si estuviera haciendo una reverencia. Era Giles Brewster, el posadero, un hombre pálido y corpulento cuyo cabello ralo parecía, como un camaleón, adoptar los colores de su entorno. Caroline se sorprendió al saber que ahora también trabajaba como taxista, con un vehículo negro y destartado que, según le dijo, había sido un regalo de su hermano Roger.

Su maleta ya estaba en el asiento trasero.

–Gracias, Brewster. Podía haber llevado mi maleta yo misma.

–¡No pretendí insinuar que no pudiera, Miss! Es tan solo que...

Era tan solo que en el pueblo tenían en tan alta estima a la casa Linwood que no le permitían valerse por sí misma.

Comparando impresiones con sus iguales, Caroline dudaba que ni siquiera el rey contara con una lealtad tan férrea por parte de los pueblos vinculados a fincas reales como Sandringham o Balmoral. La relación entre Hall y Hollow era decididamente feudal. En los dos años transcurridos desde su última visita, había olvidado esa sensación de estar constantemente vigilada, aquella silenciosa expectación que la perseguía cuando caminaba por el pueblo. Se encontró a sí misma erguida, con la cabeza aún más levantada, si cabe, y hablando con más decisión, como si realmente fuera la princesa que los aldeanos deseaban ver en ella.

Después de todo, era el papel que su padre había concebido para ella.

–La hemos echado de menos –dijo Brewster, mientras se sentaba al volante del taxi–. Mr. Roger nos visita muy de vez en cuando, pero con Mr. Alan en Sudamérica y usted en París, ya no es lo mismo.

Sentada detrás, Caroline esbozó una sonrisa pálida y murmuró:

–¿De verdad?

Su padre desalentaba las visitas espontáneas al pueblo. Caroline creía que era para darle un aura de misterio a la casa, si bien su padre habría desdeñado semejante idea por considerarla indigna de un Linwood.

—¿Sigue escribiendo para los periódicos franceses, Miss? Sir Lawrence solía decir que a usted le iría mejor en Londres.

—Pero así tengo una mejor perspectiva del mundo, Brewster.

—Supongo que eso es cierto. —Él la miró, sonriendo con entusiasmo—. Pero volverá, ¿no es así?

Y así debía ser. Su padre esperaba que se presentara al Parlamento en algún momento. El periodismo era solo un medio para alcanzar ese fin. Algunos podrían haberlo tachado de loco por esperar eso de una hija, pero Lady Astor era ahora diputada y, técnicamente, también lo era la condesa Markievicz; no había razón para que Caroline no siguiera sus pasos. Sin embargo, probablemente su padre hubiera preferido que hubiera sido ella misma quien abriese el camino antes que las demás. Así era su padre. Creía que las mujeres eran perfectamente capaces de recorrer sin reparo los mismos caminos que los hombres transitaban, y si el pueblo mostraba su deferencia hacia Caroline Linwood, entonces más le valía esforzarse por merecerla.

Una sombra negra se cernió sobre el taxi cuando atravesó las puertas de Linwood Hall y entró en el patio. Las grandes puertas, casi portones y tan sólidas como la piedra en la que se encontraban encastradas, se alzaban ante ellos. A su alrededor, el muro del patio, que se caía a pedazos, parecía delimitar un espacio más amplio del que Caroline recordaba, cerniéndose sobre ella tan asfixiantemente que apenas lograba respirar. No necesitaba poder ver la torre baja para saber que el estudio de su padre quedaba a un lado, y creyó percibir su presencia observándola desde la puerta abierta.

Caroline no sentía el menor deseo de bajarse del taxi de Brewster.

Alan

Alan recordó el momento en que había vuelto a Linwood Hall después de la guerra, hacía ya casi dos años. Recordó haber respirado el aroma inconfundible de los páramos, igual que lo hacía ahora, tratando de borrar de su mente el recuerdo de las trincheras. Era pleno verano y hacía mucho calor; llevaba esperando ese momento desde que se anunció el armisticio, varios meses atrás, y le irritaba la lentitud del proceso de desmovilización. Recordó el zumbido de los insectos en los oídos y el sol ardiente sobre su espalda mientras se detenía en el patio amurallado para ver si su padre se encontraba en su estudio –no fue así– y recordó la ráfaga de aire fresco que lo envolvió al entrar en la casa, pasando del calor al frío, de la luz a la oscuridad.

Recordó la decepción.

Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa esperaba? ¿El cálido aroma del pan recién horneado y los rostros felices y medio olvidados de aquellos a quienes había dejado atrás? Todo eso no era más que tonterías sentimentales. Linwood Hall estaba hecha de piedra, dura, fría e insensible, pero sólida. Era su vínculo con el mundo. La historia de Linwood Hall era *su* historia, apilándose como los pesados paneles de madera Tudor sobre la aún más pesada mampostería gótica del gran salón.

Y ahora lo llamaba de vuelta para ocupar su lugar como nuevo amo. Se habían acabado las expediciones a Perú, a Egipto o a cualquier otro lugar remoto de alguna civilización antigua. Era el precio a pagar por su lugar en la estirpe de los Linwood.

Los pasos de Alan resonaron en el gran salón recubierto de paneles Tudor que se erigía como el corazón de Linwood Hall.

Las demás habitaciones se distribuían desde allí: el comedor, la pequeña sala de estar, la biblioteca, el gran salón... Cada una de ellas se construyó, se añadió o se separó del conjunto en diferentes momentos de la historia de la casa, y todas conservan aún la impronta de su época. Una gran escalera subía hasta la galería en penumbra y, si entrecerraba los ojos en la oscuridad, podía ver dónde terminaban los paneles, dejando al descubierto la piedra desnuda, que continuaba más allá de las ventanas altas y estrechas hasta el techo artesonado. En el extremo más alejado había una enorme chimenea, lo suficientemente grande como para asar un jabalí entero, flanqueada por armaduras y enfrentada a una variopinta colección de sofás y sillones.

No salió nadie a recibirlo ni a darle la bienvenida a casa.

Alan cerró los ojos y volvió a pensar en su regreso a casa después de la guerra. Roger y Caroline le esperaban junto a la chimenea, recordó. Podía verlos allí ahora y el recuerdo le trajo la memoria fugaz de la calidez que había sentido entonces.

Allí estaba Roger, alto, marcial, junto a la gran chimenea del salón, con un cigarrillo en la mano y la actitud despreocupada de quien se ha vuelto indiferente a los repetidos intentos de la muerte por llevárselo. Y allí estaba Caroline, recostada en uno de los sofás, volviéndose para mirarlo con unos ojos mucho más adultos de lo que correspondía a una chica de su edad: había crecido y madurado mientras él no miraba. Y fue como si los años de guerra se desvanecieran, llevándose consigo las pequeñas rivalidades entre hermanos que aún perduraban desde su juventud. Se había alegrado de perder de vista a sus hermanos cuando se marchó rumbo a Flandes, pero el hombre y la mujer que encontró a su regreso se parecían muy poco al molesto rival que le pisaba los talones y a su remilgada hermanita. Ambos le eran ajenos y familiares, como un templo estudiado intensamente a través de los escritos desgastados de los antiguos, pero nunca visto en persona.

—Os tengo una sorpresa —les había dicho Roger, una vez agotada la charla trivial, sintiendo la seguridad de haber vuelto al mundo

que habían dejado antes de la guerra—. Caroline, sé que tienes pensado seguir trabajando como periodista durante un tiempo, y, Alan, sé que quieres partir a explorar ruinas desconocidas tan pronto como te sea posible. Seguro que querréis hacer fotos de todo, así que os he comprado una Autographic Kodak Jr. a cada uno. Estoy convencido de que encontraréis su función de inscripción especialmente útil.

Alan esperaba que Caroline dijera algo como que su padre no aprobaba los regalos, pero ella le dio las gracias a Roger de todo corazón y le dijo:

—Casualmente aprendí a revelar películas fotográficas durante la guerra. Si queréis, puedo enseñaros a los dos, suponiendo que aún no sepáis cómo. Primero tendremos que hacer algunas fotos. ¿Qué opinas, Alan? ¿Una foto de estas ruinas antiguas para ir entrando en materia?

Alan sintió una punzada amarga en el estómago.

—Tengo una idea mejor —dijo—. Los tres en la terraza, con el valle de fondo. ¿Qué decís?

La idea fue recibida con risas y aprobación, una especie de ocurrencia antes de que Caroline tuviera que regresar a París y Alan partiera hacia Perú. Consiguieron todo lo necesario para revelar la película y Caroline les enseñó cómo hacerlo. Alan hizo tres copias de la foto de grupo, una para cada uno de ellos. No sabía qué habían hecho Roger y Caroline con las suyas, si es que las conservaban, pero él guardaba la suya en un marco, bien protegida, siempre cerca, viajara donde viajara.

Desde la galería del piso superior, Alan vio a su hermano de pie, una vez más, junto a la chimenea. El bigote fino era nuevo, pero, por lo demás, era el mismo Roger de siempre: había algo de su padre en su estatura, a pesar de que no compartían sangre, y ese extraño *je ne sais quoi* en sus rasgos que, que Alan supiera, nadie había sido capaz de identificar.

Alan quería bajar corriendo las escaleras y darle una palmada en el hombro a su hermano, tal vez incluso abrazarlo con fuerza

y exigirle que le contara qué había estado haciendo durante los últimos dos años, pero eso hubiera sido inapropiado. En lugar de eso, bajó con paso tranquilo hasta el suelo de losas y optó por un tono ligero y neutro para decir:

—Hola, Roger. Estaba sentado en Camelot y te vi llegar. Tienes un coche fantástico.

Roger le dedicó una sonrisa.

—Lo he diseñado y montado yo mismo, con las mejores innovaciones que la industria automovilística puede ofrecer, además de algunos toques personales para hacer la vida en la carretera un poco más fácil.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra sobre cuánto se alegraban de verse. Alan supuso que se daba por sentado y no hacía falta decirlo. Su padre no soportaba semejantes banalidades emotivas.

—Déjame presentarte a mi amiga —dijo Roger, acercándose a un sillón, del cual una joven muy elegante acababa de levantarse—. Miss Iris Morgan, mi hermano Alan, el aventurero. Míralo ahora tan elegante, vestido de lana y *tweed*, pero fíjate que está aún más moreno que yo, así que recuerda lo que te conté por el camino. Mi hermano ha pasado los últimos dos años vagando por las selvas más profundas y oscuras de Perú, y probablemente se sentiría mucho más cómodo colgado de una lámpara de araña, vestido solo con una piel de animal a modo de taparrabos.

Los labios de Miss Morgan se curvaron en una jovial sonrisa cuando Alan le tomó la mano. Finalmente, dijo:

—Roger está siendo un idiota, presumo. ¿Cuánto de eso es cierto?

—Solo lo de ir de un lado a otro por la selva peruana, pero no es en absoluto tan emocionante. La mayoría de los días consisten en pasarse horas limpiando pequeños trozos de cerámica con el pincel. Verás, me dedico a estudiar el Imperio inca. Tengo una exposición sobre mis hallazgos hasta la fecha en el Museo Británico, ese es el motivo por el que estaba en Inglaterra. —Hizo una pausa incómoda y añadió—: Padre vino a verla el día de la inauguración. Todavía no me lo creo... Ha sido tan repentino.

La mención del padre proyectó un velo sombrío sobre aquel momento. Alan creyó sentir el frío y la humedad de la piedra tras los austeros paneles. La sonrisa de Miss Morgan se desvaneció y dijo, en un tono mucho más sobrio:

–Siento mucho su pérdida, Mr. Linwood.

–Llámame Alan. Y en cuanto a nuestro padre... Bueno, no le des más importancia.

–Ya te lo dije, Iris –intervino Roger, volviéndose para avivar el fuego–. Los Linwood somos gente recia. No verás a ninguno de nosotros derramar una lágrima.

Alan decidió que no era posible que Roger sintiera tanta indiferencia como fingía. Incluso desde el otro lado del mundo, la presencia de su padre se había cernido sobre la vida de Alan, escrutando cada una de sus decisiones por encima de su hombro. Cualquier cambio en ese aspecto significaba necesariamente un impacto devastador de una forma u otra. Cuando recibió la notificación del funeral –¿fue apenas ayer?–, lo primero que pensó Alan fue que debería estar triste, pero no lo estaba. Entonces pensó que debería sentir alivio, pero tampoco fue así. No tenía ni idea de lo que sentía, solo que el mundo se veía con colores más intensos que antes y los suaves susurros que rondaban por el Museo Británico resonaban en sus oídos como niños golpeando ollas y sartenes. Tenía la sensación de haber cruzado un umbral solo para que el pasadizo se derrumbara tras él. Cuando Matheson, su asistente, se le acercó para informarle de un artefacto mal etiquetado, casi perdió los estribos, aunque no sabía muy bien por qué.

No podía ser muy distinto para Roger.

Pero su padre les había enseñado la importancia de controlar las emociones, y Alan supuso que él mismo debía parecer igual de indiferente a los ojos de los demás.

–Qué detalle por parte de madre haberlo organizado todo antes de avisarnos –comentó Roger, mirando hacia el gran salón donde yacía el ataúd de su padre, aún cerrado, rodeado de una gran cantidad de lirios de empalagoso aroma.

–Probablemente quería ahorrarnos la molestia –respondió Alan. Creyó leer irritación en el duro trazo de la boca de Roger; sin duda, él había sentido lo mismo cuando se dio cuenta de que su padre llevaba ya una semana muerto para cuando alguien consideró oportuno publicar la esquela o informar a sus hijos. Pero así era su madre y no convenía enfadarse con ella, no en ese momento.

–Debería haber estado aquí para ayudar –se quejó Roger–. Puede que esté bien para ti y Caroline, los dos os habéis forjado una vida en tierras extranjeras y nadie espera que mováis un dedo en los asuntos familiares, pero yo sigo aquí.

–Querido, Londres son tierras extranjeras en lo que a todo esto respecta –bromeó Iris.

En cualquier otra ocasión, Roger habría respondido a un chiste así, pero esta vez se conformó con encogerse de hombros.

–Por cierto, ¿dónde está Caroline? –continuó Roger, volviéndose hacia Alan–. ¿Y madre? ¿Has visto a alguna de ellas?

–Caroline aún no ha llegado. Yo he tomado el tren nocturno desde Londres, pero ella tendrá que viajar hasta Calais, coger el ferry a Dover y luego venir en tren desde allí. Me sorprendería que llegara antes del anochecer, si es que llega. Y en cuanto a madre, creo que se ha encerrado en su habitación. No estaba aquí para recibirme cuando llegué esta mañana, y sabes perfectamente que no se llama a su puerta.

Los aposentos de sus padres ocupaban el ala sur de la casa, con vistas al patio; las únicas habitaciones de la casa, si no contabas el estudio del padre, que no tenían acceso al pasillo de los sirvientes. Su padre era muy celoso de su intimidad y ni Alan ni Roger ni Caroline habían visto nunca el interior de esas habitaciones.

Roger asintió con la cabeza.

–Supongo que estará afligida. Espero que no se derrumbe delante de todo el mundo.

Su madre siempre parecía estar a punto de «derrumbarse», tal como había dicho Roger, pero era algo que Alan no había visto que ocurriera ni una sola vez.

Alan vio que Iris los observaba desde un flanco, con el rostro transformado en una elegante máscara de esfinge. Se preguntó qué pensaría de ellos, hablando de la muerte y el dolor como si fueran trivialidades cotidianas que debían gestionarse con eficiencia. Quizá estaba acostumbrada a la forma de ser de Roger y sabía a qué atenerse, pero su expresión no revelaba nada.

–Me vendría bien una copa –aventuró Alan, dirigiéndose hacia el comedor–. Supongo que sigues tomando el whisky solo, ¿no?

Fue interrumpido por el chirrido de las bisagras de la puerta principal, seguido de una ráfaga de aire frío que les recorrió los tobillos. Una voz femenina y familiar les llegó desde el vestíbulo:

–Gracias, Brewster, pero, de verdad, puedo arreglármelas perfectamente sola...

¡Caroline! Debió dejarlo todo en cuanto recibió la noticia en su casa. Al igual que con Roger, Alan se contuvo y se dirigió a la entrada con más contención de la que hubiera deseado.

En la puerta abierta estaba Giles Brewster, más pálido y servil que nunca, con una maltrecha maleta entre las manos. Caroline estaba a su lado, alta y elegante, con los ojos oscuros, tristes y severos. Desde la última vez que Alan la había visto, se había cortado el pelo en una melena corta y sobria, sin ninguno de los rizos u ondulaciones con los que la mayoría de las mujeres solían realzar su peinado. «Práctico para una expedición por la selva», pensó Alan, «quizá padre lo hubiera aprobado». También resaltaba sus rasgos asiáticos: a diferencia de Roger, no había duda de que al menos uno de los padres biológicos de Caroline procedía del Lejano Oriente, tal vez de China o Japón.

Un recuerdo lejano, hace tiempo olvidado, pasó ante los ojos de Alan: una mujer con el mismo cabello negro y brillante, y una cascada de encaje blanco cayendo desde el camafeo en su garganta, junto con el polvo perfumado de jazmín que usaba para aclarar sus facciones...

–¡Alan! –gritó Caroline, interrumpiendo su conversación con Brewster–. ¡Y Roger! Qué alegría veros a los dos. Probablemen-

te, lo único agradable de todo este horrible asunto. Brewster, ya puedes dejar la maleta.

Su voz llenó todo el vestíbulo con su presencia: parecía mucho más que una simple versión adulta de la niña con coletas de la infancia de Alan, o incluso que la madura corresponsal de guerra de hacía dos años.

—Sí, Miss —Brewster, complaciente, dejó la maleta en el suelo como si estuviera llena de cristalería y comenzó a retroceder, pero Caroline lo detuvo en la puerta.

—¿Cuánto te debo, Brewster? Por haberme traído hasta aquí y por el té.

Brewster se quedó aún más pálido, si cabe. Se quitó la gorra y balbuceó:

—No me debe nada, Miss. No me atrevería a...

—No te atreverías a negarte. —El sol poniente brillaba sobre tres medias coronas de plata que ella apretaba contra las manos reacias de Brewster—. Lo que es justo, es justo, y no quiero oír ni una palabra más.

Brewster no tuvo más remedio que aceptar el pago y retirarse. Alan fue hasta la puerta y lo vio subirse al taxi y alejarse por el portón, como huyendo de la mismísima ira de Dios. Era el efecto de vivir bajo el yugo de su padre, reflexionó Alan. Su padre inspiraba respeto y, les gustara o no, ellos habían heredado esa carga.

Roger no debería ser el único responsable de gestionar los asuntos familiares. Alan cerró la puerta y se dio la vuelta. Roger acababa de hacer las presentaciones entre Iris y Caroline, y Caroline le estaba expresando a Iris su exasperación con Brewster.

—Alguien debería informarle que no es nuestro sirviente —estaba diciendo—. Roger te ha dicho que siempre nos hemos arreglado con muy pocos sirvientes, ¿verdad, Roger? Solo un cocinero y unas cuantas criadas para mantener la casa limpia. Estoy convencida de que Brewster se imagina que es nuestro mayordomo, y ahora también nuestro chófer, lo cual, Roger, estoy segura de que es culpa tuya. —Roger se rio al oírlo y Caroline se volvió para incluir

a Alan en la conversación—. Espero que ninguno de los dos se haya estado aprovechando de ese pobre hombre.

Alan esperaba que el bronceado que había adquirido en Perú ocultara el rubor culpable que le subía por el cuello.

—Veo que te sigues preocupando por el bienestar de los demás —dijo, cogiendo la maleta de Caroline—. Seguro que acabarás en el partido laborista.

—Justo lo que necesita nuestro distrito electoral —se rio Roger—. Alguien capaz de sacudir todas nuestras viejas creencias. Hace tiempo que has dejado de ser nuestra hermanita pequeña, ¿verdad, Caroline?

—Oh, cállate ya —murmuró Caroline.

Alan pensó que Roger se comportaba con demasiada jovialidad, un indicio evidente de que sus verdaderos sentimientos distaban por completo de ello. Con un tono un poco más brusco de lo que pretendía, Alan levantó la maleta de Caroline y dijo:

—Vamos. Subamos esto a tu antigua habitación y luego nos sentaremos a hablar tranquilamente.

Empezó a moverse antes de que los demás pudieran mostrarse de acuerdo, confiando en que seguirían su ejemplo como siempre habían hecho de niños, pero se detuvo a los pocos pasos de entrar en el gran salón. Su madre había emergido de su retiro y se había quedado en lo alto de las escaleras, mirándolos.

Estaba muy rígida y erguida, con un vestido negro que se fundía con las sombras que la rodeaban. Su rostro estaba mortalmente pálido, tan blanco como su cabello, y sus ojos, que Alan recordaba como de un azul pálido, habían adquirido un tono gris ausente de vida. Al verla, el grupo se quedó en silencio, y Alan creyó sentir el frío del moribundo invierno llegándole a los huesos.

Dejó caer la maleta de Caroline sobre las baldosas y dio un paso adelante.

—Madre —dijo—. Estamos en casa.

Su madre no respondió. Bajó un escalón, y luego otro. Su falda rozaba la barandilla, pero sus pasos eran silenciosos.

Alan creyó notar que Iris se movía incómoda detrás de él y que Roger le tomaba la mano.

Alan dio otro paso hacia su madre y ella se detuvo donde estaba. –Debéis saber –dijo de repente, con una voz que resonó en el gran salón como el estruendo de cristales rotos–, que Sir Lawrence Linwood, vuestro padre, fue asesinado. Un inspector de policía de Pickering vendrá por la mañana, antes del funeral, para hablar con cada uno de vosotros, así que os sugiero que os preparéis.

Alan sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Detrás de él, alguien –probablemente Iris– dejó escapar un chillido horrorizado. ¿Cuánto más aterrador le debió resultar a su madre, quien probablemente había descubierto el cadáver? No era de extrañar que le hubiera llevado una semana reunirlos a todos en casa y organizar el funeral. ¿Acaso no había habido también una investigación judicial, a la que no habían podido asistir porque, como era comprensible, su madre no había sido capaz de recuperarse a tiempo para informarles? Abandonando cualquier pretensión de mantener las formas, Alan se acercó a ella, pero su madre lo detuvo en seco con una mirada fría y dura.

–Vuestro padre no era partidario de los remilgos –les dijo, con un ligero tartamudeo que contrastaba extrañamente con la dureza de su tono y sus palabras–, y yo no los toleraré.

Girando sobre el escalón, acompañada por el susurro de la tela negra, su madre inició el lento ascenso hacia las sombras.

Alan

El inspector Clarence Mowbray era un hombre fornido y canoso, con un bigote espeso y salpicado de gris. Tenías las manos callosas, con el dorso cubierto de pelo oscuro y áspero, y su apretón de manos era firme y sereno. Alan reconoció rápidamente de qué tipo de persona se trataba. Uno de esos oficiales que habían ascendido desde lo más bajo y cuya vocación de sargento seguía intacta: hombres duros y trabajadores que gritaban y gruñían y se aseguraban de que todo se hiciera como es debido. Alan incluso creyó percibir en él un olor de cordita y sangre, y la luz del amanecer que inundó la habitación cuando entró por la puerta le pareció un presagio divino.

–Muchas gracias por venir –dijo Alan–. No sé qué podríamos contarle que pueda resultarle de ayuda, pero espero que pueda resolver este asunto cuanto antes.

–Puede estar seguro de que nadie quiere que esto se alargue más de lo necesario –respondió el inspector, con los ojos duros y fríos a pesar de la sonrisa que le curvaba el bigote.

¿Consideraba a Alan un sospechoso? De ser así, sería algo bueno, se apresuró a pensar Alan. Significaría que era minucioso, que no se dejaba influir fácilmente por nada que no fueran pruebas sólidas y contundentes. Significaría que no le tomaría mucho llegar a una respuesta.

–Eso espero –dijo Roger–. No hemos dejado de darle vueltas a este asunto desde el momento en que nos enteramos. La muerte de padre es una cosa, pero ¿un asesinato? Eso es algo horrible.

Roger lo había expresado con poca elegancia, pero tenía toda la razón. El acto del asesinato los atormentaba de una manera

que el simple hecho de su muerte no había hecho. La cena de anoche había sido una prueba de resistencia, pues todas las conversaciones acababan centrándose en ese acto. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Sabía la policía quién lo había hecho? Bueno, obviamente no, si aún tenían preguntas que hacer a la familia. Pero ¿tenían alguna idea de quién podría haberlo hecho? Era absolutamente indecente. Todos se habían retirado pronto y, por primera vez, Alan se encontró deseando haber instalado una cerradura en la puerta de su dormitorio.

Se suponía que Linwood Hall era un lugar seguro. Y aunque la manera intransigente de su padre de afrontar la vida seguramente le había granjeado más enemigos que amigos, Alan no podía imaginar ninguna diferencia de opinión lo suficientemente grave como para motivar un asesinato. ¿O sí? Había algo que le daba vueltas por la cabeza, algo que se le había ocurrido mientras se quedaba dormido, pero que no lograba recordar.

Mowbray no había venido solo. La persona de aspecto enclenque que estaba detrás de él extendió la mano hacia Alan.

–James Oglander jr. –dijo, aclarándose la garganta–. De Oglander & Marsh, los abogados de Sir Lawrence.

–Sé quiénes son los abogados de mi padre –dijo Alan, tratando de no fruncir el ceño mientras le estrechaba la mano a Oglander.

El abogado contrastaba claramente con la solidez terrenal del inspector. Era alto y desgarbado, con algo en el labio superior que algún día podría llegar a convertirse en un bigote pelirrojo. Su apretón de manos resultó ser un intento insustancial, y Alan se preguntó si esas palmas tan suaves habrían trabajado duro alguna vez. Su padre trataba exclusivamente con James Oglander sr., el Oglander al que aludía el nombre de la empresa, quien era un tipo alegre, de pelo castaño rojizo, que parecía más real incluso en la memoria de Alan que el espécimen que tenía delante.

Este Oglander había venido por el testamento de su padre.

–¿No puede esperar? –preguntó Caroline–. No queda mucho tiempo antes de que empiece a llegar todo el mundo y, bueno...

–Inclinó la cabeza en dirección a Mowbray–. Tenemos asuntos más urgentes que atender.

Sin embargo, Mowbray parecía dispuesto a dejar que Oglander tomara la iniciativa.

–Me temo que pueda tratarse de un tema de importancia –dijo, dirigiéndose a las sillas reunidas alrededor de la gran chimenea del salón.

Alan intercambió una mirada aprensiva con sus hermanos y luego siguió al policía. Roger se sentó en un sofá junto a Iris y le tomó la mano, no tanto por afecto, pensó Alan, como por la necesidad de anclarse de algún modo y no levantarse de nuevo. Alan, de pie detrás de ellos, clavó los dedos en los cojines del sofá por la misma razón y Caroline se encaramó a un brazo del sofá con las piernas fuertemente cruzadas.

Su madre se sentó en un sillón a una cierta distancia. Estaba muy quieta y en silencio, pero apretaba entre las manos un pañuelo blanco, retorciéndolo con tanta fuerza que, incluso desde donde estaba, Alan podía ver cómo sus dedos tomaban un tono rosado al hacerlo.

Mowbray se colocó frente a una armadura y le indicó a Oglander que comenzara.

Oglander se dio por aludido. Se acercó a la chimenea, como dándose importancia, y se volvió hacia ellos. Se aclaró la garganta y miró a su alrededor para comprobar que todos estaban presentes, como si no lo supiera ya. Posó el maletín y sacó un grueso documento. Lo alisó con la mano y volvió a mirar a su alrededor. Alan le hubiera gritado que entrase ya en materia, si no hubiera creído que tal interrupción causaría aún más retraso.

Y entonces Oglander abrió la boca y su voz llenó sin esfuerzo todo el vacío del gran salón.

–Gracias por estar aquí hoy –dijo Oglander. Declamó. Recitó–. Uno hubiera preferido que nos hubiéramos conocido en circunstancias más agradables. Sir Lawrence Linwood era un gran hombre y todos le echaremos mucho de menos. Como al-

baceas de su patrimonio, el bufete Oglander & Marsh ha sido el encargado de su liquidación incurriendo en la menor cantidad de molestias posible; en circunstancias normales, habríamos distribuido los diversos legados de Sir Lawrence de forma discreta y silenciosa, entre bastidores, por así decirlo. Nos habríamos puesto en contacto con cada uno de ustedes separadamente a fin de informarles de su parte de la herencia. Sin embargo, las circunstancias no son normales. –En ese momento, lanzó una mirada a Mowbray antes de continuar–. Por lo que es mi deber darles a conocer a ustedes, sus herederos, algunos de los detalles más pertinentes del testamento de Sir Lawrence, en lo que es, esencialmente, un acto público.

Oglander hizo una pausa para hojear las páginas del testamento y Alan se dio cuenta de que había olvidado que se suponía que debía estar impaciente por que todo aquello terminara. Todos se habían inclinado hacia delante con expectación, más por el modo en que Oglander se expresaba que por el contenido, salvo su madre, quien aún retorció el pañuelo entre las manos.

–Tras varias disposiciones a diversas instituciones y particulares, el patrimonio restante de Sir Lawrence Linwood se distribuirá de la siguiente manera. A su esposa, Rebecca, Lady Linwood, Sir Lawrence le deja el usufructo vitalicio de todo el resto de su patrimonio. A su fallecimiento, todos los bienes, muebles e inmuebles serán liquidados y el producto de la liquidación se dividirá en partes iguales entre sus hijos sobrevivientes: Alan, Roger y Caroline.

Primero vino la conmoción.

No era lo que Alan esperaba. Si bien era cierto que prefería volver a sus excavaciones en Perú antes que cargar con las responsabilidades que conllevaba Linwood Hall, no dejaba de ser el mayor. De hecho, había pasado el último día tratando de convencerse a sí mismo de que convertirse en el dueño del lugar era algo justo y correcto, hasta el punto de casi creer que era lo que realmente quería, y ahora todo eso se había esfumado.

Luego vinieron las justificaciones.

El derecho de primogenitura podría haber sido la resolución esperada, pero eso ciertamente no era lo que acababa de ocurrir. No formaba parte del linaje Linwood, por mucho que se repitiera a sí mismo que sí. No era más que un niño abandonado que su padre había acogido. Debería estar agradecido. Su padre no les debía nada, porque en realidad nunca fueron hijos suyos, y esa era la amarga verdad. El libro que abrió Sir Robert Linwood quedaría cerrado y la estirpe de los Linwood terminaría con Sir Lawrence.

Linwood Hall, junto con toda su historia, sería vendido.

Desde un punto de vista objetivo, esta disposición de los bienes de su padre era perfecta. Beneficiaba a los tres por igual y permitía a Alan volver a sus excavaciones en Perú sin ningún tipo de remordimientos. Y, sin embargo, algo centelleaba tras todas esas justificaciones, algo amargo, lleno de resentimiento y rabia.

Alan imaginó a algún millonario estadounidense con más dólares que sentido común tomando posesión de la propiedad, quejándose tal vez, con su horrible acento americano, de que el lugar era demasiado frío y estaba mal acondicionado, derribándolo todo para construir una monstruosidad moderna con piscina. ¡Qué espanto vivir prácticamente encima de gente muerta y enterrada! Vacíemos las criptas, llenemos el mausoleo con cemento y borremos el nombre de los Linwood del valle. A Roger, con la mirada siempre puesta en el futuro, quizá no le importara tanta «innovación», y tal vez Caroline pensara que era la solución más justa, pero a Alan se le revolvía el estómago de solo pensarlo.

Iris se agitó, apartándose de Roger, y susurró:

—Me estás haciendo daño en la mano.

Roger apenas parecía darse cuenta de su presencia. Al mirar a Caroline, Alan vio que fruncía el ceño con consternación. Su madre, por su parte, continuaba inmóvil en su asiento, salvo por la constante tensión que ejercía sobre el pañuelo que sostenía entre las manos.

—«Sin embargo...».

La expresión sonó de manera oportuna. Si alguien tenía intención de interrumpir y decir algo, ese «sin embargo» lo congeló en su sitio.

—«Sin embargo» —Oglander apretó los labios con disgusto mientras alcanzaba la última página del testamento y leía en voz alta—, «en caso de que mi muerte se deba a causas no naturales, encargo a mis hijos la tarea de desenmascarar a mi asesino. Si alguno de ellos lo hiciera a satisfacción de la policía y de los tribunales, declaro nulas y sin efecto las disposiciones previamente establecidas para la distribución del remanente de mi herencia. En ese caso, cederé la totalidad de dicho remanente de la herencia, siguiendo las disposiciones del primer apartado, a ese hijo, para que disponga de él como mejor le parezca. Firmado, Sir Lawrence Linwood, 14 de diciembre de 1914».